

¿A dónde nos lleva a los/as religiosos/as, a la Iglesia, la opción por los pobres?

Adela María Helguera, RA

Resumen

Se trata de un camino de conversión. Conversión geográfica: cambiar de lugar, del lado de los ricos pasar al lado de los pobres; conversión social: compartir el mate, la amistad, la vida con estos nuevos amigos; conversión cultural: asumir la cultura del pueblo, y su destino... espacio de resistencia, muerte y también de victoria; conversión espiritual: experiencia del Dios humilde, que la Vida Religiosa inserta busca desde abajo, entre las sombras de la noche o en la luz que apenas amanece.

Trata-se de um caminho de conversão. Conversão geográfica: mudar de lugar, passar do lado dos ricos ao lado dos pobres; conversão social: compartilhar o pão, a amizade, a vida com estes novos amigos; conversão cultural: assumir a cultura do povo e seu destino... espaço de resistência, morte e também de vitória; conversão espiritual: experiência de Deus humilde, que a Vida Religiosa inserida procura desde o “baixo” entre as sombras da noite ou na luz que apenas amanhece.

1. EL VENTARRÓN DEL CONCILIO VATICANO II

El potente soplo del Concilio estaba sacudiendo la casa. El primer efecto que tuvo en mí fue algo así como tirar abajo muros: las mentalidades eran demasiado distintas, el desafío era demasiado grande como para encararlo, desde donde habíamos sido formadas para hacerlo, en comunidad, en Congregación.

Quienes estábamos inquietas por la necesidad de una renovación de la VR, encontramos en lo que entonces se llamaba COSMARAS (Consejo de Superiores Mayores de la Argentina), el ámbito adecuado para reflexionar y actuar juntas. Era una *nueva eclesialidad* que vivimos entonces como una experiencia de amistad y colaboración. Digo *entonces*, -estoy hablando de los años 1964 y 1965- porque personalmente integraba la Comisión de Catequesis de COSMARAS y todavía hoy siguen vivas las amistades que se forjaron en el calor de esa lucha, organizando jornadas y convivencias de una semana en las que, religiosas de distintas congregaciones, compartíamos cómo estábamos viviendo la reforma litúrgica, o cómo leíamos la Biblia y encarábamos la catequesis. Y la Conferencia Episcopal Argentina ayudó creando la Comisión Episcopal de Pastoral que, ya en 1996, nos planteó en Asamblea general de religiosas, la necesidad de trabajar en una Pastoral de Conjunto¹.

En esta nueva eclesialidad muchas congregaciones religiosas aportamos algo que, con el correr de los años, constato que no todos los miembros de la Iglesia traen

en su haber: la convicción de que debíamos vivir la reforma conciliar y la decisión consiguiente de llevarla a la práctica. Esta conciencia común nos animó a dar pasos concretos, cada cual en su terreno. Nuestra Congregación había decidido concretar lo que el Papa bueno dijo al convocar el Concilio: “la Iglesia es de todos pero sobre todo de los pobres”. Así es como en marzo de 1966 anunciábamos a los padres de alumnos que nuestro Colegio, el Colegio de la Asunción, iba a dejar de ser un Colegio exclusivo, se iba a “democratizar”. Y esto en un plazo de 3 años.

La reacción de la mayoría fue de incompreensión y desconcierto: pasamos dos años intentando mentalizar a ex-alumnas y padres, organizando para las alumnas mayores “campamentos de trabajo” en una fábrica textil y en un barrio marginal. Y en eso estábamos cuando llegó el acontecimiento de *Medellín*. Entonces, en octubre de 1968, anunciamos a padres y alumnos que, dada su resistencia, desistíamos del intento de mezclar pobres y ricos y que íbamos a cerrar nuestro Colegio allí, para abrir otro en una barriada obrera de las afueras de la capital Argentina. Seguíamos a la letra la consigna evangélica de “si no los escuchan, salgan de esa ciudad y sacudan el polvo de sus pies” (Mt 10,14)².

Al mismo tiempo, estábamos al habla con distintos obispos del interior del país: queríamos salir de la gran ciudad. Así, en febrero de 1969, tras vender la casona señorial y dejar el edificio del Colegio en manos de una asociación de padres, que crearon otro, nos trasladamos a Gerli, en la castigada zona sur del

Gran Buenos Aires, reforzamos la comunidad que animaba una escuela pobre en otra barriada de la zona norte del mismo y nos fuimos a La Rioja. Allí nos recibió el obispo Enrique Angelelli, que nos había asignado un lugar para vivir y trabajar: la parroquia de Fátima, en el barrio Matadero de la ciudad capital.

2. LA AVENTURA DE SEMBRARNOS EN LA TIERRA DE LOS POBRES

Éramos conscientes de que estábamos pasando el mar Rojo. Lo que habíamos comenzado como una opción por un nuevo estilo de Iglesia, nos había llevado a hacer, como cuerpo, una opción por los pobres. Los salmos y lecturas del oficio -que desde hacía poco decíamos en castellano- cobraban una actualidad especial: “*Cuando Israel salió de Egipto...*” (Sal 114,1). Éramos nosotras quienes salíamos de Egipto... “*El mar al verlos huyó, el Jordán se echó atrás...*” Las denuncias, las amenazas, las incompreensiones hicieron caer la venda que nos tapaba los ojos. Ahora veíamos la realidad... “*¿Qué te pasa mar, que huyes, y a ti, Jordán que te echas atrás?*” Durante 30 años habíamos creído que evangelizábamos a la clase dirigente de Buenos Aires, y ahora tocábamos con las manos que no habíamos formado la conciencia social de nuestras alumnas.

Vibrábamos con la relectura de *Populorum Progressio* que asumió *Medellín*:

Así como otrora Israel, el primer Pueblo, experimentaba la presencia salvífica de Dios cuando lo liberaba de la opresión de Egipto, cuando lo hacía pasar el mar y lo conducía hacia la tierra de la promesa, así

también nosotros, nuevo Pueblo de Dios, no podemos dejar de sentir su paso que salva, cuando se da el verdadero desarrollo, que es el paso, para cada uno y para todos, de condiciones de vida menos humanas a condiciones más humanas... (Introducción, No. 6).

Lo que no sabíamos es que recién habíamos comenzado la gran aventura de nuestra vida. Todo comenzó a cambiar: habíamos dejado una comunidad de 24 hermanas y ahora vivíamos en comunidades de 5. Las relaciones interpersonales eran distintas. Las relaciones con los vecinos también. Llegamos dispuestas a dar mucho... y pronto nos dimos cuenta de que teníamos mucho que recibir. Habíamos hecho un primer paso importante: el traslado geográfico del lado de los ricos al lado de los pobres. Habíamos cruzado la calle y ahora estábamos en la otra vereda. Nuestros nuevos amigos eran pobres. Nos recibieron como los pobres saben recibir, abriéndonos el corazón y sus casas. Compartiendo una y otra vez el mate. Esa yerbita que ponemos en una calabaza, con su bombilla bien plantada y cebamos con agua bien caliente, pero no demasiado, mientras pasa de mano en mano, de boca en boca, hasta “ponernos verdes por dentro”, como decía Monseñor Angelleli. Sentíamos que se estaba dando en nosotras, tras el cambio de lugar geográfico, otra conversión. Una conversión social.

El camino que fuimos tomando en sintonía con otras congregaciones religiosas recibió en abril 1969 un marco nuevo, el que le brindó el Episcopado argentino con su Declaración de San Miguel.

Esta Declaración retomó los capítulos fundamentales de Medellín, pero dio un nuevo acento a uno de ellos: el de Pastoral Popular. Recojo algunas de las frases de este documento, que fueron inspiradoras para nosotras:

“La Iglesia en Nuestra Patria reconoce como hijos suyos a la multitud de hombres y mujeres bautizados que forman la gran mayoría de la población argentina.

Ella, como Madre, se siente obligada para con todos sus hijos, especialmente para con los más débiles, alejados, pobres y pecadores. Si no lo hiciera así o no los considerara como miembros predilectos del Pueblo de Dios, su actitud no sería de Iglesia de Cristo, sino de secta.

Por lo tanto los Obispos para ser fieles a nuestro pueblo consideramos:

- ❖ *Que la Iglesia ha de discernir acerca de su acción liberadora o salvífica desde la perspectiva del Pueblo y de sus intereses, pues por ser éste sujeto y agente de la historia humana que “está vinculada íntimamente a la Historia de la Salvación” (Medellín, Mensaje a los Pueblos de Latinoamérica), los signos de los tiempos se hacen presentes y descifrables en los acontecimientos propios de ese mismo pueblo o que a él afectan.*
- ❖ *Que, por tanto, la acción de la Iglesia no debe ser solamente orientada hacia el Pueblo, sino también y principalmente, desde el pueblo mismo...*

Para ello señalamos las siguientes directivas para la pastoral popular en Argentina, como presupuesto fundamental para la

evangelización del Pueblo en su conjunto:

- ❖ *Se ha de partir de la comprensión de la situación nacional de nuestro Pueblo y de su proceso histórico, en orden a la toma de conciencia y a la consecución de un destino común, que procede de profundas virtualidades evangélicas y que encierra muchos valores cristianos.*
- ❖ *Se ha de asumir la cultura de nuestro pueblo y sus hallazgos, para difundir y explicar el mensaje de Cristo, para investigar y comprenderlo con mayor profundidad, para expresarlo mejor en la celebración litúrgica y en la vida de la multiforme comunidad de los fieles...³*

Este marco, que adelantó ya en 1969 lo que fue, 10 años después, el aporte de Puebla, nos ayudó a encaminarnos en la inserción y en la opción por los pobres. Aquí nuestros maestros fueron ellos, nuestros amigos y vecinos. Lo aprendí por experiencia propia. Y voy a contar unos ejemplares.

Llegué al barrio de Gerli, munida de mis estudios catequéticos en el Instituto Católico de París. Hacía poco, me había incorporado a la Junta Nacional de Catequesis y elaborábamos, con otros sacerdotes, los guiones para mamás catequistas. Era una catequesis renovada, que privilegiaba la comprensión por parte de catequistas y niños, por sobre la memorización.

Empezamos pues convocando a las mamás a ser catequistas. Las preparábamos a ello en reuniones semanales, armamos los grupos de niños por vecindad y comenzamos así la catequesis

en las casas de las mamás catequistas. Una tarde, cuando ya llevábamos un mes de reuniones, una mamá vino a nuestra casa, quejosa: “Hermanita, hace un mes que mi hija está en la catequesis y todavía no sabe los rezos.” Le expliqué, lo mejor que pude, que no podía aprender los rezos como un lorito, que debía primero conocer a Dios y eso era lo que la mamá catequista le estaba enseñando. Que cuando supiera que Dios nos da la vida y nos ama, entonces iba a aprender a decirle Padre Nuestro. Pareció comprender y se fue. Pero al mes siguiente, volvió a golpear a nuestra puerta: “Hermanita, hace dos meses que mi hija está en la catequesis y todavía no sabe los rezos”. Esta vez la invité a tomar unos mates y le volví a explicar: la mamá catequista estaba explicando a su grupo cómo Dios hablaba con Abrahán, ya llegaría el momento de explicarles cómo Jesús nos enseñó a hablar con Dios. Bueno hermanita, me dijo resignada... y se fue. A los tres meses volvió decidida: “Hermanita, le saco a mi hija de la catequesis”.

Desorientada, compartí este hecho con mis hermanas y una de ellas -que no había estudiado en el Instituto Católico y apenas había cursado la primaria- me dijo: “¿Por qué querés que esta mujer aprenda a rezar como vos pensás que debe hacerlo?, ¿por qué no puede hablarle a Dios como ella sabe hacerlo?”. Sentí que toda la estantería se me caía abajo. Ya no tenía palabras para hablar de Dios a la gente. Me reuní con las hermanas de la Comisión de Catequesis. Las que en ese momento la formábamos estábamos recién comenzando a vivir insertas. A ellas también les pasaba lo mismo. Teníamos esquemas para ense-

ñar en los colegios, donde aún nos servían los materiales que se *elaboraban* en Francia, pero no en los barrios.

Habíamos llegado a estar cerca de la gente, a ser amigas de los pobres, pero nos faltaba todavía mucho que aprender. Entendimos que el Señor nos pedía otra conversión: una *conversión cultural*. Y nos ayudamos unas a otras a convertirnos. El primer paso fue decidir elaborar una catequesis a partir de las oraciones comunes del cristiano. Pensaríamos juntas una pregunta motivadora y al mes siguiente traeríamos las respuestas de nuestros vecinos.

Fue muy rico. La primera pregunta fue: ¿Por qué no le enseñó usted a su hijo las oraciones? Una de las respuestas nos conmovió e iluminó: “Mire hermanita, mis padres, allá en el campo, me decían:

‘Ese pobre que ves ahí es Jesús. Tenemos que recibirlo como a un hermano’. Y lo sentaban a nuestra mesa. Así me enseñaron el Padre Nuestro. Pero yo ahora estoy en el barrio. Y le digo a mi hija: cerrá con llave la puerta y no abrás a nadie si no lo conocés. Yo no le puedo enseñar el Padre Nuestro, hermanita. La mando a la parroquia.

Recogiendo esta respuesta y muchas otras, lo que nuestros vecinos decían, también lo que hacían y con la ayuda de sacerdotes hermanos nuestros que estaban en el mismo camino, armamos una serie de revistas: “Padre Nuestro”, “Ave María”, “Credo”, “los Mandamientos”, “la Misa”... ¿El estilo? ¡Foto novela! Esas revistas fueron la base de la

catequesis que pudimos al fin hacer, tras este aprendizaje de la cultura y religiosidad popular. Pero, tras el golpe militar, en 1976, tuvimos que retirarlas de circulación: unían la fe al compromiso social y a la organización popular. Y eso no estaba *admitido* ni a nivel eclesástico ni a nivel político.

La lucha se volvió cruenta. No estábamos preparadas para ello. Las Fuerzas Armadas comenzaron a controlar todo, a instaurar el miedo y la sospecha. La doctrina de la Seguridad Nacional impulsada por la Escuela de las Américas y ligada a los intereses del capitalismo internacional, catalogó sin más a todo luchador, a toda luchadora por la justicia, de “subversivo”, de “subversiva”, de “comunista”. Y en nombre de la civilización occidental cristiana (Puebla No. 547) reprimió, apresó, torturó, “desapareció” en nuestra Patria a miles de jóvenes idealistas, a catequistas, sacerdotes, religiosas y hasta obispos.

Angelelli, el obispo que había dicho en 1969: “El Concilio y *Medellín* no son una declaración, constituyen una tarea y un compromiso para ser fieles a la Iglesia de Jesucristo”, tras una larga persecución por parte de los diversos gobiernos, las Fuerzas Armadas y la derecha católica, respaldada por una buena parte de la jerarquía, tuvo que llorar la muerte de dos sacerdotes y un laico y cayó a su vez asesinado, en un simulacro de accidente, el 4 de agosto de 1976.

“La Iglesia del miedo” no levantó la voz en nuestra patria denunciando sus muertes. Sólo un puñado de obispos y muchas religiosas, sacerdotes y laicos, se animaron a hacerlo. Y la justicia -a

pesar de que una resolución judicial daba por probado el homicidio⁴ ha sido acallada.

Cada año, las celebraciones a la vera de la ruta donde cayó el obispo mártir son a la vez memoria y profecía. La figura de Angelleli se agranda. Es que, como dijo hace siglos San Pedro Crisólogo: *“Los mártires nacen al morir. Su fin significa el principio... Al matarlos se les dio vida verdadera y ahora brillan en el firmamento cuando se pensaba haberlos suprimido de la tierra”*⁵.

3. DE LA RESISTENCIA Y MUERTE AL CANTO DE VICTORIA... ESPERANDO LA VICTORIA DEFINITIVA

En esas celebraciones, y también en otras marchas y piquetes de tiempos más recientes, nuestra opción por los pobres se transforma, de un espacio de resistencia y muerte, en un canto de victoria. La Biblia está sembrada de cantos triunfales que entonan mujeres como nosotras: Myriam la profetisa, con su tamboril y todas las mujeres que la seguían, danzan y cantan la victoria de Yahvé que arrojó caballos y jinetes al mar (Ex. 15,20-21)... Débora, profetisa también y jueza de Israel, canta la derrota de los reyes de Canaán ante la fuerza de Yahvé en la lucha de las tribus de Israel (Jue 5); Ana entona el cántico esperanzado de los pobres (I Sam 2,1-10) y María de Nazaret retoma todos estos cánticos de triunfo (Lc. 1, 46-55).

Quiero compartir en este terreno otra experiencia muy rica de una Iglesia que opta por los pobres. Mi Congregación buscó nuevamente fundar una comunidad en una diócesis cuyo obispo hu-

biera hecho esa opción: Se trata del Padre Obispo Joaquín Piña, de Puerto Yguazú, provincia de Misiones. Con él Dios nos regaló la gracia de vivir en medio del pueblo sencillo y de participar activamente con nuestros vecinos en la construcción de comunidades eclesiales de base. Además, trabajando con los integrantes de las escuelas de ciudadanía, colaboramos en la gestación del Movimiento Social Misionero. Así pudimos pasar de la resistencia a la lucha abierta y a la victoria. En el 2006, tras un pastoreo de 20 años en los que gestamos un estilo de Iglesia participativa, con una clara opción por los pobres y los jóvenes, le cupo a este Obispo el encabezar la lista que se oponía al intento oficialista de perpetuar en sus cargos al gobernador y vice de la Provincia de Misiones. Era una lucha en defensa de la democracia. Así lo entendió el pueblo y, pese a todos los medios con que contó el oficialismo -incluso el apoyo presidencial-, en las elecciones a convencionales constituyentes, el FUD (Frente Unidos por la Dignidad), que integramos tras él, ganó ampliamente. Tenemos que resaltar que, a diferencia del tiempo de Angelelli, en general, los obispos argentinos apoyaron al Padre Obispo Piña y los medios de comunicación también. En cambio el nuncio no lo hizo.

El triunfo del pueblo misionero, como los de la Biblia que nombramos antes, no fue una victoria definitiva. Quien fue nombrado por el Vaticano sucesor del Padre Obispo Piña, vino con el expreso encargo -así lo proclama y trata de llevar a la práctica- de destruir todo lo que su antecesor había hecho. La victoria definitiva sólo se dará al fi-

nal. Pero mientras tanto, el celebrar los pequeños-grandes triunfos del pueblo nos permite, con Myriam, Débora, Ana y María de Nazaret, entrever y cantar ya lo que nuestro Dios está haciendo en medio nuestro. Por eso vale la pena guardar estos triunfos en la memoria mientras seguimos resistiendo y esperando que la Iglesia no siga nombrando obispos sin el concurso de la comunidad creyente. “Si nosotros hemos sido capaces de cambiar el gobierno de la provincia, ¿no vamos a ser capaces de cambiar la Iglesia?” fue el “*sapukai*” (el grito de guerra guaraní) que nos lanzó una mujer integrante de los campesinos en lucha por el título de su tierra.

La experiencia de estos 40 años de post-concilio nos dice que el Concilio y su aplicación en América Latina, *Medellín, Puebla y Aparecida* nos proponen una nueva *visión, una tarea, un compromiso para ser fieles a la Iglesia de Jesucristo*, pero que falta aún algo que el Concilio insinuó pero que no llegó a transformarse en convicción ni, por lo tanto, en compromiso: adecuar a esta nueva visión de la *Iglesia, Pueblo de Dios*, la estructura jurídica de la Iglesia, el nombramiento de los obispos⁶, la Curia romana⁷, el papado⁸. Si queremos ser coherentes con lo que el Espíritu está diciendo a nuestra Iglesia, a través de sus mártires, de sus hijos más fieles, de los pobres, éstas son las tareas que nos quedan por hacer.

“Conviértanse y crean en el Evangelio”, nos sigue pidiendo el Señor Jesús. De hecho, el cambio más profundo que he vivido en estos largos años de camino,

ha sido el de la imagen de Dios. No puedo llamarlo, como hace la liturgia insistentemente *Todopoderoso*. En Jesús y en los pobres he descubierto su rostro humilde. Un rostro siempre nuevo, escondido. Un rostro que busco, entre las sombras de la noche, o en la luz que amanece apenas. Desde abajo siempre, sumergida cada vez más en el misterio de su Encarnación.

Notas

¹ Y también la de estudiar la distribución de las comunidades religiosas en el país. Algunos nombres que la memoria agradecida guarda son los de obispos de la COEPAL, como Mr. Marengo y Angelelli; los de sus “peritos” como Lucio Gera y Rafael Tello; el del Director de la Junta Nacional de Catequesis: Franz De Vos.

² Aunque, sin duda, el plazo que dimos para que nos escuchen fue el que nos dictaba nuestro proceso de conversión a la Iglesia del Concilio y no el que hubiera necesitado el proceso de conversión de muchos de ellos. Lo que simplemente interpretamos es que no querían convertirse.

³ *Declaración del Episcopado Argentino*: Sobre la adaptación a la realidad actual del País, de las Conclusiones de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. San Miguel, pp 21-26 de abril de 1969, cap VI *Pastoral Popular*. Ediciones Paulinas Bs. As.

⁴ Resolución del Juez Aldo Morales del 19/06/1986: “la muerte de Monseñor Enrique Ángel Angelelli no obedeció a un accidente de tránsito, sino a un homicidio friamente premeditado y esperado por la víctima”. Citada en “Vida y martirio de Mons. Angelelli” de Luis Miguel Baronetto. Ed. Tiempo Latinoamericano, Córdoba, Argentina, 1996., pp 173-175.

⁵ Idem, p. 186.

⁶ “El que ha de regir a todos debe ser elegido por todos” escribía San León Magno a principios del s.V (Carta 10,4).

⁷ “Desean... los padres conciliares que estos dicasterios (de la Curia Romana) sean reorganizados de nuevo según las necesidades de los tiempos y con una mejor adaptación a las regiones y a los ritos... Desean igualmente que, habida cuenta del ministerio pastoral propio de los obispos, se concrete más detalladamente el cargo de los legados del Romano Pontífice” (*Decreto sobre el ministerio pastoral de los obispos No. 9*). Evidentemente un deseo que no tuvo la fuerza necesaria para llegar a un cambio efectivo.

⁸ Los acentos de la gran tradición cristiana que el decidido esfuerzo a favor del ecumenismo de Benedicto XVI está retejiendo con anglicanos y ortodoxos: el obispo de Roma, primero entre pares (¿no se dirigía Ignacio de Antioquía -a comienzos del siglo II-, a la comunidad cristiana de Roma diciendo: “*Iglesia que preside en la caridad*” -Carta a los Romanos 1-?) El Papa, primero entre los patriarcas de todo el mundo... La conciliaridad que el Vaticano II retomó después de siglos de contrarreforma... y que no tiene suficientes cauces jurídicos todavía... etc.

